

— 38 —

debe ser el espíritu en el corazón, porque un derecho es-
crítico, aunque sea injusto y cruel, ya no es tiránico.
San Fernando es querido, no sólo porque condujo
a Córdoba y a Sevilla, sino porque condujo a las
Cortes para los plebeyos, la propiedad para los mu-
nicipios; es grande, no sólo porque venció a los
moros, sino porque dominó a los nobles. Alfon-
so X, débil por su carácter, es fuerte por su idea;
dejó hacer a su pueblo, pero agotó sus fuerzas escri-
biendo el ideal de una revolución contra el feudalismo.
Alfonso XI es la voluntad y la fuerza que le
faltó a Alfonso X, como lo atestiguan el Ordena-
miento de Alcalá. Isabel la Católica es grande, es
fuerte, es popular, porque fue fuerte contra los
poderosos, sobre todos los poderosos, y con
una mano acabó la obra de nuestra nacionalidad, la
destrucción de los árabes, y con la otra acabó la obra
de nuestra política, la destrucción de la nobleza. Si
me negais esto, negad nuestra literatura, que lo tes-
tifica; destruid nuestros monumentos, que lo tes-
tifican; ahogad la voz de nuestra historia, que lo
dita mientras dure la sucesión de los siglos. Resu-
citar la aristocracia! Quién os ha dado poder para
despertar de su sepulcro a los muertos?

— 38 —

de las pequeñas oligarquías, y no es más que una
oligarquía el partido moderado.
No hay nada más curioso que la confesión públi-
ca del partido moderado y las penitencias que hoy
se imponen a las sociedades modernas, casi desmo-
ralizadas, completamente desmoralizadas. Es verdad;
mas al mismo tiempo debia decir: Yo he corrompi-
do las conciencias, yo he envenenado los corazones;
do quiera ha amasado un alma pura, allí he ido yo
con mis reclamos a empujarla; do quiera ha resaca-
do el eco de un corazón fuerte, allí he ido yo con
— Qué partido pretende en España resucitar la no-
bleza, qué partido? Es, por ventura, el partido rea-
lista? No, porque esta gran fracción del pueblo es-
pañol, por su origen, por sus tendencias, más bien
es popular que nobiliaria. El partido restaurador es
hoy aquí el partido moderado. Desconociendo el
espíritu del siglo, olvidando sus timbres y su orí-
gen revolucionario, ha puesto su empeño en levan-
tar piedra á piedra el edificio que habia destruido la
revolucion, que habia soterrado la Providencia.
Desde que sobre el despedazado trono de Francia
se ha erguido un César, condensando en su frente
el pensamiento de la revolucion social, el partido
moderado; extranjero por su origen, extranjero por
su doctrina, extranjero por su índole, anda pidién-
do un César, cuando los Césares sólo pueden le-
vantarse en alas de grandes revoluciones, cuando
los Césares siempre han sido el azote, la cuchilla

de las pequeñas oligarquías, y no es más que una oligarquía el partido moderado.

No hay nada más curioso que la confesion pública del partido moderado y las penitencias que hoy se impone. La sociedad moderna, dice, está desmoralizada, completamente desmoralizada. Es verdad; mas al mismo tiempo debía decir: Yo he corrompido las conciencias, yo he envenenado los corazones; do quier ha amanecido un alma pura, allí he ido yo con mis reclamos á empañarla; do quier ha resonado el eco de un corazon fuerte, allí he ido yo con mis ofertas á pudrirlo; y no contento con corromper las conciencias, los individuos, he corrompido la nacion entera, ofreciendo por oro el derecho, por oro el sufragio, por oro la libertad de escribir, por oro la dignidad humana. He arrojado semilla de maldicion, y recojo frutos de muerte. Y ahora pretendo curar el mal, aumentándolo con la perversidad de los remedios, los cuales sólo dan de sí el peor de los escepticismos; el escepticismo político.

En verdad, el escepticismo es la consecuencia más lógica de la doctrina moderada. No es una afirmacion poderosa y grande, como todas las afirmaciones; es una negacion estéril como todas las negaciones. Cuando la escuela antigua con voz severa llama al partido moderado y le dice: «ven, adora mi derecho divino,» el partido moderado exclama: «no, no puedo ir, porque yo pertenezco á la revolucion.» Cuando la revolucion con su voz de trueno le llama

y dice: «ven y adora los derechos populares,» el partido moderado exclama: «no puede ser, porque yo pertenezco á la antigua sociedad.» Amigo de todos, á todos ha hecho traicion. En el día de las grandes tribulaciones de los antiguos principios, los ha dejado naufragar, sin dolor; y en el día en que han salido de madre las nuevas ideas, se ha dejado arrastrar por la impetuosa corriente. Como nada afirma, nada cree; y como nada cree, ha arrancado sus dos alas al espíritu, el sentimiento y la idea.

El partido moderado no puede estar unido, porque no tiene el lazo poderoso de una idea; no puede estar unido, porque no tiene el lazo poderoso de un sentimiento. Las negaciones pueden mantener una hora de combate; pero no pueden mantener una hora de victoria. Cuando el partido moderado combatia á la sombra de sus negaciones, era fuerte; cuando venció, echó de ver que sólo palpaba tinieblas. Sus repúblicos, sus oradores, sus magnates reunidos quisieron hallar una doctrina, y se confundieron sus lenguas, y se encontraron en una nueva Torre de Babel. Unos pedian que se conservaran Constituciones forjadas por el partido progresista; otros volvian con amor los ojos á la sociedad antigua, y enseñaban sus hacinadas reliquias á la adoracion de sus correligionarios; aquellos ponian los ojos en la monarquía de Luis Felipe, y la copiaban, matando la raices de nuestra civilizacion; el municipio; éstos, más tarde, copiaban el imperio,

destruían la tribuna, quebrantaban la imprenta, perseguían todas las ideas nuevas, soñaban con las antiguas teocracias, católicos sin fé, cesaristas sin César; algunos, no ya contentos con retroceder hasta el sepulcro del absolutismo, se hundían en las tinieblas de los tiempos pasados, é ideaban restaurar el castillo feudal, los tres antiguos brazos, los tiempos en que ellos eran siervos de la gleba, sin propiedad, sin personalidad, sin verdadera vida; y los más abandonaban su antigua bandera y se aperciaban solícitos á ofrecer incienso al primer astro que se levantase por Oriente: que estos serán siempre los amargos frutos del escepticismo.

El partido moderado, si hubiera sido sinceramente revolucionario, hubiera conservado la obra de la revolución; si hubiera sido sinceramente monárquico, hubiera levantado el derruido edificio de la monarquía absoluta. En estos últimos tiempos parece como que ha conocido su error, y ha cambiado de conducta; y siendo sinceramente monárquico, ha retrocedido hasta encontrarse frente á frente con la sociedad antigua. No pudiendo matar la prensa, le ha puesto una mordaza: no osando derruir la tribuna, ha suspendido sobre la tribuna una reforma: sin fuerza para realizar una restauración completa, ha desenterrado la nobleza: sin poder para atajar la corriente de las ideas del siglo, ha intentado detenerlas arrojando en ellas cuerpos muertos, desorganizados, que las nuevas ideas arrastran en sus on-

das al océano del olvido. Mas el partido moderado ha retrocedido, porque el partido liberal ha avanzado. Ya no es un partido de conservación, es un partido de lucha. Eso prueba que la sociedad se escapa de sus matos.

Y la prueba de que el partido moderado ha retrocedido, se encuentra en las grandes afirmaciones políticas y sociales con que una de sus parcialidades se ha engalanado últimamente. La teocracia antigua es su fórmula del gobierno. El mundo debería pertenecer á los teólogos, y entre dos teólogos á los místicos. En vano la razón muestra que la teocracia es propia de pueblos dormidos en la cuna, de pueblos niños, que necesitan para obedecer oír la voz de su Dios en la voz de sus imperantes; en vano la historia enseña que, cuando los pueblos son ya viriles y robustos, rompen con extraordinario esfuerzo el yugo de un gobierno que pesa con igual pesadumbre en la voluntad y en la conciencia; en vano la religion atestigua que su gran obra es la separación del poder temporal y el poder espiritual, obra de progreso, de libertad, uno de los timbres más altos del Cristianismo: en vano el sentido común manifiesta que, separado el sacerdote del pié del altar para perderse en la región tormentosa de la política, el fuego del altar se apagaría pronto y el hervidero de las pasiones humanas empañaría el brillo del santuario; en vano, abriendo las grandes páginas de la epopeya de la primitiva Iglesia, les

mostraríamos las pasmosas imágenes de San Ambrosio, de Ossio, tronando desde sus sillas episcopales, combatidas por tantos huracanes, contra la confusión de los poderes terrenales con los poderes celestes; en vano diríamos que el siglo XIX, por su índole especial, por su idea madre, no puede consentir tal gobierno; todo en vano; porque habiendo cerrado los ojos á la luz y los oídos á la verdad, se gozan en sumirse en el polvo de las edades pasadas y buscar la vida en el seno de la muerte.

No son ménos particulares sus afirmaciones sociales. Para la cuestion social planteada por el siglo presente, sólo guardan las soluciones antiguas. El pueblo español era muy feliz, cuando los conventos poseían todo su territorio, y la amortización secaba las fuentes del trabajo, y las vinculaciones hacían en una misma familia á unos hermanos señores y á otros hermanos esclavos, y el rey poseía la facultad de confiscar las tierras, segun le placía, y los señores feudales recibían sin trabajar en sus tesoros el trabajo del pobre, y en España no había propiedad, sí, no había propiedad particular, porque los conventos, las iglesias, el rey, los señores, los vínculos, se alzaban con todo el territorio español, con toda la riqueza. ¡Y estos tiempos han de ser el modelo de nuestra generacion! ¡Tan fácilmente se olvidan las lecciones de la historia! Abrid ese gran libro, y vereis á nuestros pueblos enflaquecidos y pobres á consecuencia de tan triste estado social;

vereis en la Edad Media en las cartas pueblas esfuerzos gigantescos para remediar tamaño mal; vereis en todas las Córtes, y principalmente en las Córtes del tiempo de los Felipes, á los procuradores pedir con lágrimas en los ojos remedios contra la excesiva amortización; vereis que en el reinado de Carlos III, todos nuestros filósofos, todos nuestros repúblicos, todos nuestros grandes pensadores, levantaban su voz diciendo que España no podía ser rica y feliz, si no lanzaba de sí con gran esfuerzo los males que le habían traído largos siglos de dura servidumbre; vereis, por último, que la revolución liberal, mensajera de Dios, vino á cortar el árbol de aquella sociedad, porque sólo daba amargos frutos de muerte.

Vosotros, hijos de los siervos; vosotros, que en la série de los tiempos habeis cargado con el peso de tantas amarguras, de tantos trabajos, sin hogar donde refugiaros, sin familia que os consolara, expuestos siempre á perecer por un mandato del señor, que tenia el pié puesto sobre vuestras gargantas, heridos en vuestros derechos, degradados de la augusta personalidad que recibísteis del cielo; si hoy tenéis propiedad, familia, derechos; si la ley guarda con su espada vuestros hogares; si podeis dormir tranquilos, sin temor á que os arranque del lecho aquel clarín que llamaba á vuestros padres á guerras en que mil veces se libraba sólo el capricho de sus amos; si sois hombres, en una palabra, lo debeis

á esa libertad tan denostada hoy, tan perseguida por los mismos á quienes ha dado el ser; libertad que debéis guardar, acrecentar y transmitir incólume y completa á vuestros hijos, porque es la fuente de todos vuestros bienes, la raíz de vuestra vida.

Los frutos de muerte. árbol de aquella sociedad, porque sólo daba frutos á los frutos de muerte. libertad liberal, mensajera de Dios, vino á cortar el fin servidumbre; vuestro por último, que la revolución de 1837, como el símbolo más puro de la idea doctrinaria. En este partido Pacheco en la cabeza. Pastor Diaz el corazón y Serrano el brazo.

Una fracción del antiguo partido conservador comprendió con ese instinto propio de los partidos, que su vida había de ser precaria, mientras continuase retrocediendo á lo pasado, tan sin criterio y sin consejo. A la mitad del camino reconoció el abismo y quiso detenerse, sin considerar que las ideas en tiempos revolucionarios son huracanes, que todo lo arrancan de su asiento y lo arrastran en su soberbio ímpetu, con fuerza muchas veces superior á la voluntad de los hombres. Así como el pasado por los moderados neo-absolutistas les llevó fatalmente á creer en el régimen antiguo, el pasado por los moderados neo-progresistas debía llevarles fatalmente también á la revolución. Lo cierto es que en esta gran descomposición de un gran partido resultó lo que no podía menos de resultar, á saber: que repúblicos notables retrocedieron, y

La unión liberal nació humilde, creció soberbia, y hoy domina, si bien su dominio será transitorio, rápido. El país no habrá olvidado que ella por los años de 1844 había en el VI. En el partido, llamado de puritano, que se proponía conservar la Constitución de 1837, como el símbolo más puro de la idea doctrinaria. En este partido Pacheco en la cabeza. Pastor Diaz el corazón y Serrano el brazo.

Los frutos de muerte. árbol de aquella sociedad, porque sólo daba frutos á los frutos de muerte. libertad liberal, mensajera de Dios, vino á cortar el fin servidumbre; vuestro por último, que la revolución de 1837, como el símbolo más puro de la idea doctrinaria. En este partido Pacheco en la cabeza. Pastor Diaz el corazón y Serrano el brazo.

Una fracción del antiguo partido conservador comprendió con ese instinto propio de los partidos, que su vida había de ser precaria, mientras continuase retrocediendo á lo pasado, tan sin criterio y sin consejo. A la mitad del camino reconoció el abismo y quiso detenerse, sin considerar que las ideas en tiempos revolucionarios son huracanes, que todo lo arrancan de su asiento y lo arrastran en su soberbio ímpetu, con fuerza muchas veces superior á la voluntad de los hombres. Así como el pasado por los moderados neo-absolutistas les llevó fatalmente á creer en el régimen antiguo, el pasado por los moderados neo-progresistas debía llevarles fatalmente también á la revolución. Lo cierto es que en esta gran descomposición de un gran partido resultó lo que no podía menos de resultar, á saber: que repúblicos notables retrocedieron, y

otros no ménos notables avanzaron, y de aquí el partido reformista, que tendia sus brazos al absolutismo, y la union liberal, que tendia sus brazos al partido progresista.

La union liberal nació humilde, creció soberbia, y hoy domina, si bien su dominio será transitorio, rápido. El país no habrá olvidado que allá por los años de 1844 habia en las Cortes un partido, llamado puritano, que se proponia conservar la Constitucion de 1837, como el símbolo más puro de la idea doctrinaria. En este partido Pacheco era la cabeza, Pastor Diaz el corazon y Serrano el brazo. Ellos eran una protesta viva contra la empedernida idea doctrinaria de Pidal, contra la violencia y la intolerancia mahometana de Narvaez. Por sus ideas y su conducta parecian aquellos hombres destinados á fundir en el crisol de su política los elementos conservadores del partido progresista. Mas, levantados desde los bancos de la oposicion al pavés del gobierno, mostraron bien pronto que se encontraban solos y solos en el gobierno, donde la soledad es tan difícil. Pasaron como un meteoro. El resplandor que tras sí podian dejar, no era parte, no podia serlo, á servir de guia á un nuevo partido. Entónces un hombre, que en cualquier partido, en cualquiera donde se halle, será siempre la pasion de ese partido, abandonó el campo moderado y á sus compañeros los puritanos, y se lanzó resueltamente en las filas progresistas, pidiendo un puesto de sol-

gado, cuando acababa de ser jefe. Este hombre era Escosura, y mostraba con su rápida conversion que los hombres del puritanismo llevaban en su alma, acaso sin quererlo, una tendencia revolucionaria, hija, si no de su voluntad, de sus ideas. Pero la idea de union aún no habia nacido. Anduvieron los tiempos, y vino á preponderar en el gobierno la tendencia absolutista, representada por Bravo Murillo. Entónces los puritanos, los conservadores liberales y los progresistas se encontraron juntos en la hora del peligro, juntos en la hora del combate. Su campaña fué porfiada, su grito de guerra continuo, y en esa campaña unian sus fuerzas, y en ese grito de guerra unian sus voces, los acentos de su corazon. ¿Por qué no hemos de estar unidos en el dia de la victoria los que estamos unidos en el dia del combate? se decian unos á otros. La revolucion de Febrero, cayendo como una bomba á los piés de los antiguos partidos medios, les obligaba á unirse, á confundir sus enseñas para salvarse del comun naufragio. Los moderados se veian abandonados de sus huestes, que huian á todo huir, por miedo, á refugiarse bajo la bandera absolutista; los liberales se veian abandonados de sus antiguas valerosas muchedumbres, que corrian á todo correr, por amor, á alistarse bajo la bandera de la democracia. En este aislamiento necesitaban acercarse, necesitaban confundirse. Además, la revolucion de Febrero habia levanta-

do un problema pavoroso, el problema social. Esta idea, como todas las ideas nacientes, habia sido escrita con sangre en las calles de París. Un terror pá-nico, semejante al que sobrecogió á los patricios romanos cuando Spartaco sacó de sus cadenas de es-clavo hierro para defender su libertad; un terror horrible sobrecogió á los partidos medios. Ni moderados ni progresistas tenemos, dijeron, en nuestro dogma palabras con que conjurar la tempestad, ideas con que resolver el problema; aunemos nues-tros esfuerzos para extinguirlo. ¡Insensatos! No sa-bian que esos grandes problemas no se resuelven nunca con impotentes negaciones. Y así el miedo crecía, crecía y ahogaba á muchos espíritus. Un orador elocuente decía en el Congreso por aquellos días, dirigiéndose temblando á los individuos de la oposicion conservadora, que se apartaban del go-bierno: cuando llegue *el día* de la tribulacion, la congoja será tanta, que llamaremos *hermanos* áun á aquellos que son nuestros adversarios políticos: entónces os arrepentireis, aunque tarde tal vez, de haber llamado enemigos á los que son vuestros her-manos! bada sribud el ojed estinguidi la obsim roq
Y una ley que está en la esencia misma de los hechos históricos, una ley que nadie puede que-brantar, producía esta union de los dos partidos medios. Los conservadores liberales, á medida que crecía la tendencia del gobierno al absolutismo, iban acercándose al partido progresista; los progre-

sistas iban templando sus ideas hasta convertirse en moderados. Ejemplo vivo de esto son el nombre del Sr. Rios Rosas y el nombre del Sr. Cortina. El primero se perdía ya en las huestes progresistas, el segundo en las huestes moderadas, á manera de dos ejércitos enemigos, que al encontrarse la vanguar-dia del que va detrás con la retaguardia del que va delante, en vez de pelear se abrazan y se confunden y caminan unidos. Si alguna duda pudiera haber de esta verdad, la reunion del Circo, en que Madoz y Mendizábal renunciaron á la Milicia Nacional, pro-baria siempre que el partido progresista, viendo que las corrientes de la revolucion de Febrero habian pasado sobre su cabeza, se volvia instintivamente, por una fuerza muy superior á su voluntad, hácia el camino que llevaba el partido conservador. am
La tendencia del gobierno de Bravo Murillo al absolutismo y de las oposiciones á la libertad, ame-nazaba un golpe de Estado ó una revolucion. El ré-gimen constitucional, herido en lo que tenia de monárquico por la revolucion de Febrero, y herido en lo que tenia de liberal en el 2 de Diciembre, pa-saba en toda Europa por una de sus más grandes crisis. Como es tan difícil de alcanzar esa alquimia que se llama eclecticismo, los que amaban el régi-men constitucional por lo que tenia de democrático ó liberal, iban á producir una revolucion, cuya tras-cendencia no podian medir; y los que amaban el régimen constitucional por lo que tenia de monár-

quico; iban á dar un golpe de estado, que acaso descargarían ellos mismos sobre sus mismas cabezas. En esto sonó en el reloj de los tiempos la revolución de 1854. Entonces la unión liberal se hizo hombre y se llamó O'Donnell.

La union liberal, tan fuerte para destruir, fué débil, fué impotente para afirmar, para crear. Su hombre, sí, el hombre que la representa, con la indiferencia pintada en el rostro y el dolor en el corazón, se golpeó la frente para encontrar esa idea. No existía. La unión liberal no tenía idea, no podía tenerla. Por eso el general O'Donnell es un enigma, y á estas horas él mismo está asombrado de sus inconsecuencias, de sus contradicciones.

El hombre que representa la union liberal con más títulos, es O'Donnell. Frio, impassible, sin fé, sin creencias de ningun linaje, entregándose á la corriente de los hechos más bien que dominándolos; falto del poder de una gran idea, que imprime fuerza al corazón; desasogado siempre por el deseo de mandar y la resistencia á ceder á los dos bandos opuestos que le rodean; moviéndose de los partidos y sus hombres, engañándolos á todos, ora con promesas, ora con esperanzas; el general O'Donnell es enviado por la Providencia á descomponer los antiguos partidos; y cumpliendo con este destino providencial, en 1854 faltó con el programa de Manzanares á los moderados, en 1856 faltó con la disolución de la Milicia á los progresistas, y en 1858 acá-

ba de faltar con la circular de Posada Herrera á la union liberal: triste privilegio, en verdad, el de esos hombres que vienen á representar grandes negaciones en la historia!

El eclecticismo filosófico ha dado sus frutos, la duda, el descreimiento, la incertidumbre, el marasmo. Nada más grande que ver á los partidos antiguos, que han servido á la humanidad, agruparse en torno de una idea muerta, con la misma fé que se agrupaban en torno de una idea viva; adorar un sepulcro con el mismo amor con que adoraron un trono: nada más grande; pero nada más miserable, nada más triste que ver á los partidos medios morir consumidos por su deseo de vivir, por su afán de mando, y morir dejándose en el mundo desgarrada su honra y maldecida su memoria. La union liberal debía, al ménos, para templar un poco la agonía de los partidos medios, buscar un calmante á sus dolores en el filtro de una nueva idea, de un pensamiento capaz de ligar las voluntades. Yo un dia creí de buena fé que la union liberal habia encontrado ese pensamiento, que la union liberal tenia ya un alma que derramar en el partido que habia formado con los escombros de todos los partidos.

Celebrábase una gran sesion en las Córtes Constituyentes. Un diputado sostenia que los antiguos partidos continuaban vivos, sí, vivos y robustos. Entonces ví levantarse al Sr. Rios Rosas. La dudosa claridad de la tarde, que penetraba por las bóve-

das, tenía de melancólica luz los objetos y agrandaba las sombras. El orador sacudió su cabeza, como el león su melena: crispó sus manos; lanzó un suspiro semejante al anuncio de lejana tempestad; inclinóse un poco á manera de un magnetizador, como para sujetar á su palabra el Congreso; abrió los labios, que vibraban ya como una caldera de vapor pronta á estallar si no encuentra respiro; y lanzó sobre todos un río de elocuencia. Sus palabras parecían como el diluvio en que se anegaban todos los viejos partidos. ¡Qué pintura tan verdadera y tan sombría de sus traiciones, de sus apostasías! En aquel momento la palabra del Sr. Rios Rosas pintaba, esculpía sus ideas. Todos veíamos pasar ante nuestros ojos asombrados los viejos partidos, como ciertos condenados del infierno del Dante, con la pesada capa de plomo sobre las espaldas, la duda mordiéndoles la frente, el desengaño atenaceándoles el corazón. La idea del Sr. Rios parecía el rayo del cielo que los precipitaba en el polvo. La union liberal mostró en el Congreso que tenía gran inteligencia para negar, como había demostrado en los campos de batalla que tenía gran fuerza para destruir. Mas no ha pasado aún del período crítico al período dogmático, no ha pasado aún de las negaciones á la afirmación.

Meditemos un poco, para concluir, sobre la naturaleza de la union liberal. No soy de los que creen que la union liberal es un sueño hijo de la fantasía

de ciertos hombres. Nunca he sido partidario del sistema que quiere dar á grandes hechos históricos pequeñas causas; nunca he creído que un vaso de agua fuera la causa de una guerra tremenda entre dos naciones. La union liberal ha nacido y vive por razones eficaces, poderosas, grandes. Los antiguos partidos han visto el crecimiento, la fuerza que han tomado los dos grandes partidos, que son los polos de todo el movimiento de la civilización moderna; y temerosos de ver arrastrados sus penates, destruidas sus ideas, se acercan, se confunden, unen sus enseñas, como en Roma se unían los caballeros y los patricios, cuando aparecía aquella revolución social, que tuvo sus profetas en los Gracos, sus soldados en Mario y Catilina, su idea en César.

Pero ¿qué es la union liberal? La union liberal, ó no es nada, ó es la destrucción de los dos antiguos partidos y la formación de uno nuevo compuesto de huestes de los antiguos. Pues bien, yo digo que la union liberal se realiza, que la union liberal se realizará, á despecho de los progresistas y de los moderados que quieran permanecer fieles á sus antiguas banderas. Mas la union liberal, ¿sabeis lo que es, sabeis lo que significa? Pues significa, es, la destrucción completa, el aniquilamiento del régimen parlamentario. Sí, el régimen constitucional es un pacto, y nada más que un pacto; ó si os parece mejor, un contrato y nada más que un contrato. Es un pacto entre la idea absolutista, la idea monárqui-

ca y la idea liberal, la idea democrática. Este pacto ha nacido del estado de los ánimos, que no tienen fé bastante para creer en lo pasado, ni arrojo bastante para fiarse á lo porvenir. Y cuando los ánimos andan en la incertidumbre, es muy fácil que cambien á cada momento de opinion y de rumbo. Hay épocas en los gobiernos constitucionales, en que el ánimo de las gentes se inclina á la autoridad, á la monarquía, á la paz. En estos tiempos, el partido moderado se levanta y dice á la opinion: «yo te daré autoridad, monarquía y paz.» Hay otras épocas, en que la indecisa opinion se inclina á la libertad, al progreso, á la revolucion, y el partido progresista le dá, en cuanto puede, todos estos elementos. Así, cuando la opinion se inclina á lo pasado, el partido conservador evita que caigan los pueblos en el absolutismo; y cuando se inclina á lo porvenir, el partido progresista evita que vayan á dar en la democracia. Mas quitad estos dos términos, formad con ellos un solo partido, y habiendo quitado las dos fuerzas centrípeta y centrífuga del régimen constitucional, cuando la opinion se incline á lo pasado, irá á dar en el absolutismo; cuando se incline á lo porvenir, entrará triunfante en el campo de la democracia. La union tan decantada es la muerte de los antiguos partidos. Se acercan para abrazarse, y se abrazan para morir unidos. Pero la muerte de los dos partidos, no lo dudeis, es la muerte del sistema.

VII.

Por fin me encuentro con dolor frente á frente del partido progresista. En pocas ocasiones de mi vida he sentido una mezcla más penosa de amor y odio, de santa fé y pavorosa duda. Antiguo partido progresista, yo te saludo como el hijo saluda la memoria de su padre; yo te deseo un eterno y tranquilo reposo, y en premio de tu penosa vida, el recuerdo, la gratitud de todos los buenos. Nunca jamás olvidarémos nosotros, los hijos del siglo XIX, tus grandes, tus preclaros servicios, antiguo partido progresista. Ardia la inquisicion, sus hogueras manchaban con su humo el pensamiento humano, cuando no lo consumian en sus llamas; alzaste tú la frente, hijo predilecto de la revolucion, y con tu aliento sobrehumano apagaste las hogueras y encendiste en el alma del hombre el fuego divino de la libertad. El absolutismo pesaba sobre todos como